



Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2017, Ximena Renzo

© 2017, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Daniel García P.

Portada

Vasco Lopes

Ilustración de portada

© **Freepik**

Maquetación

Daniela Alcalá

Revisión

Jesús Espínola

Impresión

QP Print

Primera edición: **diciembre de 2017**

Depósito Legal: B 27653-2017

ISBN: 978-84-17142-23-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Ximena Renzo
ENDLESSCURL

**TRUE
COLORS**



Nova Casa Editorial



AGRADECIMIENTOS

Hay tantas cosas por las que agradecer, pero sobre todo gracias a Dios por todo esto. Creo que es sin duda mi más grande fortaleza y nunca me avergonzaré de decirlo.

Agradezco a mi papá por todas las ideas que me da sin saberlo cuando conversamos de la vida. Quiero que sepas que, aunque nos reímos de tus: «Te explicaré esto en cinco minutos», que terminan siendo muchos más, aprecio esos momentos en los que te sientas a hablar. Es de lo que más me gusta de ti, tu creatividad e ingenio.

También agradezco a mi mamá porque me lanzó a la piscina sin saber nadar desde el principio y es de las principales promotoras de mi vida con la escritura. Quien me inculcó la lectura y la que siempre me insiste en que escriba para poder leer otro capítulo.

A Glay, la SAS, que es de mis mejores amigas. Por aconsejarme, ayudarme, leer mis ideas y estar siempre cuando la necesito. (Y por hacer el prólogo).

A los amigos que conozco en persona y a mis amigas de Internet, *eh*.

Principalmente a Castroblack porque han estado desde el inicio de todo y han soportado mis mensajes a las tres de la mañana cuando llegaba con una idea nueva.

Gracias a ustedes por leer esta pequeña parte de mí y espero que sigan aquí para lo que viene.

Gracias por todo su apoyo para los que me acompañan desde
True Colors hasta los que llegaron con Nick.

Son todos unos melocotoncitos.

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
1 VIEJO Y NUEVO TRABAJO	15
2 NUEVOS ENCUENTROS	23
3 DRAMAS Y VAMPIROS	33
4 ¡NO!	41
5 CONDICIONES I	49
6 CUMPLEAÑOS Y PELIRROJOS	55
7 HELADOS Y GRUÑIDOS	65
8 ¿QUÉ?	77
9 ¡NO PUEDES!	85
10 <i>FRENS</i>	91
11 SPARKY	99
12 ¿DÓNDE ESTÁ?	105
13 CONDICIONES II	113
14 PLANIFICACIÓN	121
15 USA-LA, <i>BABY</i>	129
16 USA-ANAHEIM	137
17 MÉXICO-DF, FELICIDAD	147
18 MÉXICO-INTENTO DE FONTANERO	155
19 MÉXICO-¡TEQUILA!	163
20 VENEZUELA-CARACAS. ¡AY, NO!	171
21 VENEZUELA-SAMBIL	179
22 VENEZUELA-ISLA DE MARGARITA	185
23 COLOMBIA-BOGOTÁ	193
24 COLOMBIA-EMERGENCIA ITALIANA	201
25 <i>CIAO, VERONA!</i>	207
26 <i>TEAM KÉTCHUP</i>	215

27	MAMMA MIA	223
28	LA VERDAD ES HIJA DEL TIEMPO	231
29	DONATELLO	239
30	ANDRÉS I	249
31	ANDRÉS II	257
32	¿LE GUSTA QUIÉN?	265
33	EL CÉSPED CRECÍA ALREDEDOR	273
34	SENDEROS Y ESCALADA	281
35	SECUESTRO	289
36	FILOSOFANDO CON PAPÁ	297
37	TRANSMISIONES Y CARTAS DE ADMISIÓN	305
38	ADIÓS	313
39	UNA SEMANA	321
40	COLOR DE ROSA	331
41	NO SOY GAY	339
42	GALLETA	347
43	DARK	353
44	JETLAG	357
45	MI FAMILIA Y MI HOGAR DONDE ESTÁS TÚ	365
46	HIJO. ..., PERDÓN	373
47	BUENAS NOCHES, CHISPITA	381
48	ES UN CRÍO EGOÍSTA	387
49	HOLA, RUBIO	395
50	EL FRANCHUTE	403
51	BRONIES Y PEGASISTERS	409
52	FELIZ NAVIDAD, CHISPITA	417
53	¿Y LA ACCIÓN?	429
54	SKY	439
	EPÍLOGO	451
	GLOSARIO	455

*Dedicado a los nuevos y viejos habitantes de Counterville.
A mi familia, amigos y lectores de Wattpad.
Gracias por su increíble apoyo a través de estos años.*





PRÓLOGO

Este libro no se hizo al principio con la intención de estar donde lo estás leyendo ahora mismo, en tus manos, sino con el propósito de que estuviese en el corazón de las personas que lo leyeran por Internet, y gracias a que consiguió abrirse paso en el corazón de tanta gente, tuvo la oportunidad de transformarse en una de las tantas obras que nos maravillan con el sonido de sus hojas al ser deslizadas y el olor a libro nuevo que desprenden.

Cuando la SAS me dijo que tenía que escribirle un prólogo para su libro, sentí un profundo pánico y estuve a punto de correr en círculos por toda mi casa, pero conforme fue pasando el tiempo, me di cuenta de que no había otra persona que hubiese estado tan inmersa en la creación de *True Colors* como su autora. La ayudé con una portada, un tráiler del libro y también algo de mi —supuesta— sabiduría, y de repente me tocaba ayudarla con un pequeño prólogo que resumiera las maravillas de esta historia en apenas un par de líneas.

Me aseguré de que era normal sentir miedo por las cosas que desconocía, especialmente cuando la simpleza de estas comenzaba a tornarse mucho más seria y real y se iba desprendiendo de las viejas ilusiones, pero esa es una de las principales moralejas de la historia: que uno no debe quedarse encerrado entre las cuatro paredes del confort y necesita salir a experimentar lo inexplorado para encontrar algo hermoso y duradero.

Tal vez la aventura comenzará para ti después de leer este prólogo, pero la verdad es que empezó mucho antes que eso. No estoy hablando del momento en que abriste este libro ni cuando decidiste comprarlo, ni siquiera cuando hiciste clic en una historia de amor que encontraste en este sitio web llamado Wattpad, sino el segundo en que una nueva idea comenzó a crecer dentro de la cabeza de Ximena y como no sabía qué título ponerle, le puso el nombre de una canción de Cyndi Lauper... Sí, tenía que decirle eso a todo el mundo porque es una vergüenza.

Hay un dicho que dice que todo lo que vale cuesta. La perseverancia y los fuertes deseos a veces no son suficientes para cumplir sueños. Hay ocasiones en que la vida se pone en el medio y nos tenemos que ocupar de ella antes de seguir intentando, pero a pesar de que la paciencia es como un invierno en apariencia interminable, si uno es lo suficientemente inteligente como para esperar la primavera, se llega a ver la más hermosa de las rosas. Esta es nuestra más bella rosa, llena de esos colores verdaderos que tanto están escritos entre estas páginas, como una prueba de que todos los sueños son posibles y de que, si luchas por lo que más quieres en la vida con positividad y un corazón bondadoso, podría hacerse realidad.

Para todos los nuevos soñadores y perseverantes, y aquellos que solo están regresando a casa una vez más, sean bienvenidos a una historia sobre una chica, un chico y las ventajas que se pueden encontrar en ser una niñera.

Y sin más dilación, ¡que empiece la función!

ACCIOCANDIES

(O GLAY, PARA LOS AMIGOS).





VIEJO Y NUEVO TRABAJO

«Desperté, esa mañana los rayos de luz atravesaban las persianas; eran suaves, casi como una caricia».

Y esa es la parte en la que se hace un acercamiento a mi rostro mientras sonrío y me levanto de la cama como si hacerlo a las seis de la mañana para ir a trabajar fuera la cosa más hermosa del mundo.

No. Eso iba bien para algunas películas, y yo no describiría esa mañana así.

Vamos, Abs, podemos hacerlo mejor.

Seis de la mañana, mala idea fue dejarme llevar por la pereza y no cerrar las persianas. El sol caía sobre mi rostro, pero no me había despertado por él, sino por el incesante y engorroso sonido de mi alarma. Aborrecí el día en que me dejé convencer por ese insistente señor en el centro comercial. La alarma tiene forma de tapete y no deja de sonar hasta que ponga ambos pies encima. Lindo, ¿no?

Lo peor de todo es que era un hábito en mí revolcarme de todas las maneras posibles en mi cama, pensando que la batería de la alarma cesaría y podría dormir unos minutos más.

Así que, por fin, dándome por vencida y decidida a levantarme, me caí contra el suelo. ¿Por qué? Porque mi cuerpo era un imán de problemas. Mis piernas se habían enredado con las sábanas y no tuve cuidado con eso.

¡Buen comienzo de domingo, Abs! ¡Bien hecho!

Con cierto cuidado para no estrellar la cara contra algo más, caminé hasta el baño en modo zombi y me duché.

Saliendo de la ducha me puse el atuendo que había dejado sobre la cama y empecé a caminar descalza por toda la habitación en busca de mi zapatilla derecha. Había llegado tan cansada la noche anterior que solo me saqué los zapatos —dejándolos caer donde ellos quisieran— y me lancé sobre la almohada.

Me maquillé lo necesario. Luego de arreglar la cama, caminé hacia la cocina y con suerte encontré cereal, jugo de naranja y leche. Definitivamente tenía que ir al supermercado luego del trabajo.

Nota para mí: llamar a mamá y pedirle dinero prestado (pagarle a fin de mes).

¿Quién en su sano juicio saldría de su casa a los dieciocho años para vivir por su cuenta? ¡Oh, por supuesto que yo! Pero llevaba meses así, con la diferencia de que vivía con mi hermana —a quien, por cierto, no pienso nombrar en mi historia porque poco le importó dejar a su preciosa hermana viviendo sola y, por lo tanto, a mí tampoco me importa—. ¡Oh, encontré mi zapatilla!

Como sea.

Luego de alimentarme, tomé un impermeable y agarré el bolso. La primavera había llegado a Counterville y eso solo significaba lluvia por doquier.

Salí de casa, el cinto de mi bolso se desprendió haciendo que el celular, un libro y todo lo demás se desplomara también. Bufé y golpeé el piso con el pie derecho.

—¡Hasta cuándo, Dios?! —pegué el grito al cielo sintiéndome la persona menos afortunada de la tierra. Y vaya, ni siquiera creo en la suerte.

Abrí el paraguas esperando que nada peor sucediera. Empecé la caminata hacia el metro que me llevaría a la cafetería ubicada al sudeste de la ciudad, porque mi moto había decidido que era buen momento para estropearse.

El viaje duraba alrededor de treinta minutos, minutos que me servían para leer una historia que la *nonna* me había enviado la semana pasada. Esa era una tradición que habíamos empezado un par de años atrás: leer un libro e intercambiarlo. La *nonna* había estado leyendo libros para niños durante los últimos cinco intercambios, pero quién podía culparle, a veces yo parecía la abuela.

Los minutos se hicieron cortos. Cuando me percaté, ya estaba poniéndome el uniforme en la cafetería. Todo iba como siempre, corría de un lado a otro sirviendo y anotando pedidos hasta que una simpática señora —nótese el sarcasmo— entró con sus inquietos hijos.

—¿Atiende alguien aquí o qué? —farfulló separándose por un momento del móvil y captando la atención de la poca clientela del lugar.

—Ve por ella, campeona —habló Kate, mi compañera de trabajo. Le dediqué una mirada tímida y caminé hacia ellos:

—Buenas tardes, bienvenidos a Riot Coffee. Desean ord...

—Quiero un *capuccino, mocca*, con crema baja en grasas y con edulcorante natural. No quiero azúcar. Para los niños... No lo sé. Vamos, pidan ustedes —se dirigió a ellos sin verlos y volvió a su teléfono.

—¡Quiero McPixie's! —habló el niño con una sonrisa, acción que me hizo sonreír también.

—No seas tonto, niño. Esto no es McPixie's —la señora rodó los ojos mientras tocaba la pantalla de su móvil.

Yo alcé una ceja.

¿Qué tipo de madre era ella? Volví la vista al pequeño niño que ahora sacaba al frente el labio inferior con los ojos rojizos, su hermana pequeña lo vio y empezaron a llorar.

¡Oh, no! Si seguían, yo también me iba a poner a llorar.

—¡Quiero a mamá! —lloraba el nene cada vez más fuerte.

¿Qué rayos? ¿Su madre no estaba con ellos?

—¡Mami! —chilló la pequeña imitando a su hermano.

Lo único que hizo la señora fue levantarse y gritar:

—¡Me tienen harta, niños malcriados! ¡No saben hacer otra cosa que molestar! ¡Renuncio! —gritó aún más fuerte dejando una mochila junto al niño mayor y una libreta sobre la mesa—. ¡Estoy harta! —volvió a gritar mientras se movía sola hacia la salida.

Yo estaba en *shock*, no sabía qué ocurría. El guardia había tratado de alcanzarla, pero ya estaba en un taxi camino a quién sabe dónde.

¿Y los niños?

Amigos, tenemos un 3312.

Mientras Kate se encargaba de lo habitual, yo cuidaba a los niños como lo había determinado el jefe. El tiempo de espera se hizo corto, los niños jugaron conmigo y se tranquilizaron, incluso me contaron cosas sobre sus padres. Algunas realmente innecesarias. Nadie quiere saber que su padre bailaba salsa los fines de semana. Claro que el niño lo había explicado como «papi baila con ropa ajustada en concursos».

Una hora después, la verdadera madre llegó preocupada a la cafetería. Sus pequeños corrieron felizmente hacia ella. Resultó que, quien había estado con ellos, era la niñera. El jefe se encargó de hablar con ella y explicarle lo sucedido. Su madre era hermosa, al igual que sus hijos. Se notaba el amor que profesaba por ellos.

—Abril, estás despedida —afirmó de pronto el señor Jones, mirándome severamente. A lo que yo solté un «¿qué?» que resonó por el lugar captando nuevamente la atención de todos. Esto ya era embarazoso en privado, ¿pero enfrente de los demás? Qué falta de tino.

—¿Pe-pero por qué? —balbuceé confundida, tratando de comprender algún punto lógico en todo esto. Claro que él solo negó con la cabeza.

—¡Todo esto ha sido tu culpa! ¡Hiciste que esa señora se enojara!
—murmuró él y notó que todos nos veían.

—¡Ah, no, eso no es cierto! ¡Ella se enojó porque es una loca que no soporta cuidar a esos niños! —hablé más fuerte.

Oh, Abby querida, si quieres conservar tu trabajo no deberías gritarle a tu jefe.

—Silencio, Abril, me estás haciendo pasar vergüenza —dijo él tapándose la cara—. Yo solté un bufido bastante sonoro.

—¿Yo? ¿Yo te hago pasar vergüenza? Bien, bien. Despídeme, George, pero dudo de que Kate soporte mucho tiempo más trabajando contigo. *Sei un porco, non ti voglio rivedere mai più!* —le grité quitándome la gorra y el delantal para salir del lugar totalmente humillada.

Oh, Abby, qué irrespetuosa eres. Lo llamaste cerdo, no esperes una tarjeta navideña de su parte.

Mi vida era un completo asco en ese momento:

Mi hermana se había ido con su novio a quién sabe dónde.

Mi papá no quería verme en casa si no volvía con la «buena vida» que prometí tener.

Mi mamá me prestaba dinero a escondidas de papá.

Le debía un mes de alquiler al casero del edificio.

Mi trabajo había terminado minutos atrás.

Y, lo peor de todo, creo que no tendría tarjeta navideña.

«Cuando la vida te presente mil razones para llorar, demuéstrole que tienes mil y un razones para reír», decía en un anuncio de ropa frente a mí.

¡Patrañas, puras patrañas!

—Hum, ¿Abby? —habló una voz dulce interrumpiendo mi monólogo de agonía.

Yo alcé la vista con el ceño fruncido. Estaba a punto de soltar muchas groserías en italiano, y lo único que pude ver fue la sonrisa de aquella señora de la cafetería. Me limpié la cara y me levanté del escalón.

—Eh, ¿sí? —pregunté tratando de sonar lo más normal posible.

—Soy Chloe Collins, un gusto —estiró la mano derecha. Yo la miré y sonreí estrechándola.

—Abril Black. Dígame Abby, por favor.

—No pude evitar oír lo que pasó hace un rato y...

—Lo siento, yo no soy así. Pero bueno —tomé aire y negué con la cabeza—, ha sido una completa injusticia.

Ella asintió ladeando el labio y se acomodó la correa del bolso:

—Vine por eso. Mis niños me contaron que les caíste muy bien y... Bueno, puede que esto sea muy extraño, pero necesito una niñera —la miré confundida mientras ella sonreía.

—¿Está hablando en serio, señora? Es decir, me conoce hace quince minutos y en cinco de ellos me vio haciendo un escándalo allá dentro —mencioné señalando la cafetería. La señora Chloe soltó una risilla, asintiendo.

—Lo sé. Entiendo perfectamente que todo esto te resulte muy extraño. Pero necesito con urgencia una niñera y tú, un trabajo. Si quieres podemos hacer formal la entrevista mañana a primera hora, pero, por favor... dime que por lo menos lo vas a pensar —dijo mirándome.

Alcé la vista sobre sus hombros y el pequeño Theo me sonreía mientras su hermana Alai saludaba con la mano, ambos por la ventana del auto.

—Yo... Hum. ¿A qué hora sería la entrevista? —pregunté aún atónita por todo lo que estaba pasando.

Ella sonrió y me abrazó casi clavando sus pulseras en mi espalda.

Oh, vaya.

Viéndolo desde mi percepción, nosotros llegamos al mundo con un propósito, con un don especial que nos hace únicos. Ese don puede ser la salvación o la perdición; la cuestión es saber si nosotros tenemos la fuerza de voluntad para sobrellevarlo.

En una rara y distinta línea de vida a la que vivimos hay un lugar en el que solo unos pocos logran estar. ¿Cómo se llama? Se llama victoria.

No todos podemos llegar ahí, y es precisamente porque no seguimos intentando.

Pasa, a mí me pasa mucho. Mi fe se sacude, pero sé que la vida está llena de momentos de tristeza, alegría, amor y desamor. Sepan que solo los verdaderos guerreros sabrán cómo librar la batalla y tener permanentemente escrito su nombre en aquel lugar.

Como dijo Neruda: «Lo que escribimos no es nuestro, sino de quien lo necesita». Así que, amigos, esto es para cada guerrero que prepara el campo. Nunca se rindan. Por más fuerte que sea la tormenta, el sol tarde o temprano saldrá.

Sky xx.

Y así había firmado el último *post* del día, en mi blog, para luego cerrar la portátil y echarme a dormir.

Porque, amigos y amigas, mañana tenía una entrevista de trabajo con Chloe Collins.





2

NUEVOS ENCUENTROS

Está bien, Abs, es solo una entrevista. ¡Has hecho esto antes! No eres un gladiador a un segundo de entrar al coliseo romano, eres una chica que perdió su empleo y encontró un alma noble que quiere ayudar.

Caminé hasta la residencia, y un vigilante me detuvo:

—¿Nombre? —preguntó mirándome de pies a cabeza.

Repugnante. El hombre se veía bastante desaliñado, llevaba un uniforme color café y una gorra hacia atrás. Tendría alrededor de cuarenta años y era de complexión ancha.

—Abril Black —añadí, incómoda, evitando su mirada.

Él asintió y tomó un teléfono. Anunció mi nombre mientras me miraba.

—La señora Collins está esperándola; pase, por favor —mencionó el tipo, señalando la puerta que daba a una pequeña residencial con alrededor de diez casas, una más costosa que la otra. Yo estaba más que maravillada. ¿Trabajaría en alguna de ellas?

La respuesta era afirmativa. Miré la tarjeta que Chloe me había entregado un día antes, y definitivamente estaba frente a su casa. Era preciosa.

Por lo que decía la tarjeta, la mujer era diseñadora de interiores y su casa —por fuera— se veía única. Me paré frente a la puerta

con cierto nerviosismo. Antes de que pudiera pensarlo una vez más, ya tenía a Chloe Collins sobre mí.

¡Ostras! ¡Esta mujer sí era melosa!

Mientras me atarantaba de preguntas y halaba de mí de un lugar a otro, yo trataba de procesar la gran casa que estaba viendo. En el primer nivel había una sala grande con sofás negros de cuero. Todas las paredes eran blancas, con cuadros tipo *vintage*. La casa era de estilo neoclásico pero moderno a la vez. La cocina era amplia, tenía una isla con cinco sillas. La mesa de la isla era de mármol gris y todo estaba en perfecto orden. Yo pensaba en cómo rayos hacían para tener todo tan ordenado. Más allá de la sala había un comedor con ocho sillas de color negro y arreglos minimalistas. La mesa era transparente y las patas, negras, al igual que las sillas. Más allá del comedor había una puerta transparente, con persianas. Esta puerta tapaba el gran patio trasero, en donde estaba el jardín y la piscina. Al lado de la escalera se encontraba la oficina de Chloe. Fue ahí donde dimos a parar.

—Bien, ayer hablamos poco. Ahora tenemos tiempo.

Yo sonreí y saqué mi currículum, si se le podía llamar así a una hoja de papel con nombres de muchos restaurantes de comida rápida y cafeterías de diferentes países. Ella sonrió leyendo el papel.

—Muy bien. Dime, ¿tienes experiencia cuidando niños? —preguntó sin despegar la mirada de lo que leía. Yo asentí.

—Sí, bueno... He cuidado a mis primos toda la vida. Y aparte de que son muchos, he cuidado a mis hermanos y a hijos de amigas de mi madre. Así es como empecé a ganar dinero por mi cuenta. Luego me dejaron salir de casa, junto a mi hermana, y empezamos la aventura de «viajar a donde lleguemos». Por eso he trabajado en varios lugares.

«¡Vómito verbal! ¡Nadie te preguntó eso, Abby! ¡Cállate ya!».

—Interesante, háblame de ti. ¿Has estudiado alguna carrera? —preguntó sonriendo. Yo empecé a jugar con los dedos y negué con la cabeza.

—Aún no. Pienso estudiar una carrera de turismo e idiomas, y en parte por eso empecé a viajar. Aprender los idiomas en los lugares donde se habla es mucho mejor que aprenderlos en un instituto.

—Así que lo tienes todo planeado, eres una chica lista. Y tienes suerte, porque mis hijos no suelen encariñarse con sus niñeras. Son un poco inquietos, como verás —soltó una risilla y yo asentí sonriendo.

—Son muy tiernos, es cuestión de encontrar la forma de llevarse bien con ellos —ella me miró y sonrió de nuevo, Chloe Collins estaba llena de alegría.

—Bien, aquí tengo el contrato. Quiero que lo leas con calma. Si tienes alguna duda, me preguntas —indicó dejando unas hojas frente a mí. Yo las tomé y empecé a leer.

Básicamente hablaba sobre un contrato de doce meses, renovable. Indicaba que estaba a cargo de los niños. Y el salario... ¡Madre mía! ¡El salario era tres veces más de lo que ganaba en la cafetería de Inglaterra! El contrato era encantador, ¿podía yo casarme con él?

Alto ahí, amiga, ¿vivir aquí? Cama adentro significa dormir aquí, ¿verdad? Dile algo, Abs:

—Hum, tengo una duda. Dice aquí que... eh, ¿vivir aquí? —pregunté algo confundida. Ella sonrió y asintió.

—Sí, voy a necesitar que vivas aquí. Me contaste que vives sola, así que sería lo mismo, ¿verdad? Dime que puedes, por favor —pidió suplicante, y yo no hacía más que mover la mirada de ella a la hoja.

—¿Es el sueldo? Digo, puedo aumentarlo... Solo que no sabía si...

—¡No, no! —reí negando con la cabeza—. El salario está más que bien. Es solo que me tomó por sorpresa el hecho de que tenga que vivir aquí, pero... no es mala idea.

¡Claro que no es mala idea, Abril!

¡Le debes dinero al casero!

¡Esta mujer ha caído del cielo, como un regalo divino!

Me tomó media hora, algunos minutos más. Pero lo pensé bien, era un buen contrato y solo debía cuidar a dos niños lindos. Me pagarían y viviría en una residencia genial. ¿Acaso estaba llegando a mí el momento «después de la tormenta»? Díganme loca, pero así lo sentía.

Una semana. Había pasado una semana y ya estaba dejando el departamento. Tenía mis maletas hechas, ropa y algunos aparatos. No tenía muchas pertenencias, porque siempre me movía de lugar. Ahora me estaba mudando y no me iría de ahí en un año, qué raro sonaba eso. Chloe había enviado a su chofer para que me ayudara a llevar las cosas hacia allá. La señora Collins estaba siendo tan buena conmigo... ¿Es que acaso le daba pena? Yo creo que mi hermana Zoe me envidiaría mucho en este momento, pero no debo nombrarla. ¡Ella no me importa!

¿A qué iba? Oh, claro, mudanza.

Chloe se había empeñado en pagarme el mes que debía, y al final accedí solo porque lo descontaría de mi primer sueldo.

Durante la primera semana estuve «conociendo» a —casi— todos los miembros de la familia. La señora Rose, ama de llaves, es quien se encargaba de la casa y el orden. ¡Ella es quien mantenía todo así! Era como un ángel. También está Kyle, el papá, que era un cuarentón con el climaterio al cien por ciento. Hacía actividades para sentirse joven. ¡Vaya personaje! Pero cuando no estaba tratando de verse joven, era jefe de una firma de abogados. También estaba Nate, el misterioso hermano mayor, que solo permitía que Rose entrara a su habitación. Theo y Alai son los más pequeños —y ya conocidos— de la casa; un poco inquietos, pero nada que no se pudiera controlar. Y como dije antes, estaba Chloe, diseñadora de moda, madre hiperactiva y esposa.

Volvamos a Nate, ese chico realmente me intriga. ¿Tiene alguien una foto suya?

—¡Abby! —gritó Alai, la pequeña niña de alrededor de tres años. Juntaba las manos con emoción, formando en ellas un pequeño aplauso. Yo sonreí y agité la mano saludando.

—¡Sí, Abby! —soltó también Theo, corriendo hacia mí. Este último tenía cuatro años, casi por cumplir los cinco. Me lo había dicho varias veces el día que lo conocí. Al llegar lo tomé en mis brazos, lo cargué y le di vueltas en el mismo sitio. El pequeño reía mientras miraba hacia arriba y me abrazaba por el cuello.

—¿Cómo estás, bebé? —pregunté besándole la mejilla y dejándolo en el piso, con cuidado.

—Bien —se encogió de hombros y corrió hacia su mamá, quien esperaba en la puerta junto a su hija en brazos.

El proceso de instalación duró toda la tarde, con Theo sobre mí —no literalmente—, preguntando sobre mi vida y viajes. Yo contestaba con gusto. Además, me hacía reír. Era un niño muy hiperactivo, y ya sabía de quién lo había heredado.

Me dieron una habitación bastante amplia. Sentía que me estaba aprovechando, pero no había pedido nada. Chloe era muy desprendida. Si tuviera dinero, sin duda me gustaría ser como ella. Theo había estado mostrándome su casa, era amplia y ahora podía verla detalladamente. Sin duda, Chloe tenía muy buen gusto.

—Abby, Abby, ¿podemos pintar? —preguntó Theo, a la vez que me halaba el brazo. Yo había estado desempacando y guardando la ropa en el armario.

—Claro, solo déjame terminar aquí.

Despeiné su cabello y él salió de mi habitación. Me tomó un par de minutos terminar. Luego caminé hacia el cuarto de los niños, que quedaba casi frente al mío.

—¿Qué van a pintar? ¿Dinosaurios? ¿Robots? —reí sentándome en el piso mientras dejaba hojas, colores y marcadores frente a los pequeños.

—No sé —exclamó Alai, con toda su inocencia, tomando un marcador y echando en marcha su trabajo. Y por lo que veía, se refería a una flor, algo deforme... pero bien para ser una bebé de casi tres años.

—Abby, ¿me dibujas a Hazam? ¡Quiero pintarlo! —preguntó Theo. Yo lo miré y sonreí agarrando un lápiz. Me guie con uno de los pósteres que estaba en su pared y terminé en unos minutos. Después de todo, no debía esforzarme tanto. Cuando se lo entregué, su cara de emoción merecía estar en un cuadro. Amaba ver las expresiones de los niños. Ellos son sinceros y no tienen miedo a mostrar sus sentimientos, ¿por qué se pierde eso con el tiempo?

—¡Es igual a él! ¡Gracias, Abby! —sonrió y me abrazó para luego volver a su trabajo.

Oh, estos niños son un amor.

Los pequeños Collins estaban de vacaciones, así que no tenían tareas por hacer. Los mantuve entretenidos pintando cosas que les dibujaba. Rose me ayudó a prepararles la cena. Cuando menos lo noté, ya estaban durmiendo. Theo y Alai prácticamente me habían obligado a leerles el libro del pequeño ratoncito. Obviamente, no había llegado ni a la mitad cuando se durmieron. Entonces pensé que, en adelante, los libros que la abuela me mandara se los leería a ellos.

Ahora estaba aburrida. Chloe me había dicho que en cuanto los niños se durmieran podía hacer lo que quisiera. ¿Qué rayos podía hacer? ¿Una fiesta? No, estás loca si piensas en eso, Abby querida. Rose se había ido a dormir, al igual que los abuelos. ¡Diez de la noche y la casa estaba en silencio! Aburrido, muy aburrido.

Bien, siempre se puede hacer algo productivo. Tomé mi computadora y empecé a escribir, pero no en el blog en el que casualmente las visitas iban aumentando poco a poco, sino una rara historia que se me había ocurrido días antes. Algo narcisista para mi gusto, pero era la historia de mi vida: la mezcla de un diario y un libro.

Bien, sí. Estaba bastante aburrida. Pero, oye, ¿quién no quisiera saber de mi vida? Una chica común y corriente que tiene esa ligera afinidad por chocar con todo lo que se encuentra, que llegó por obra divina a una casa a cuidar a unos niños. Eso me recordaba mucho a una serie argentina que había visto en Italia, ahora que lo pienso.

Y claro, por chocar no hago excepción a nada, ni siquiera al chico que acabo de golpear.

—¡Oh, por Dios! ¡Oh, por Dios! ¿Estás bien? —dije mirándolo en el piso.

¡Claro que está bien, Abs! ¡Le acabas de abofetear la cara y está bien! ¡Claro que sí!

—¿Quién eres tú? —preguntó algo aturdido por el golpe mientras yo lo ayudaba a levantarse.

Oh, vaya. Era lindo, mucho. Me llevaba al menos una cabeza de altura. Tenía el cabello despeinado, color azabache. Era alto, de ojos profundos y color café. Era alto. ¿Mencioné que era alto? Porque la altura en las personas me intimida, y eso que yo soy alta.

—Soy... Abby, la... la niñera de Theo y Alai —concluí luego de balbucear la mayoría de las palabras.

¿Tiene alguien un recipiente? Él solo me miró y mostró una sonrisa socarrona. Oh, cómo detesto esas sonrisas.

—Así que tú eres Abril —sonrió mientras pasaba por la isla de camino al congelador. Yo alcé una ceja y lo seguí, dejando mi *laptop* sobre la mesa.

—Soy Abby, no me gusta que me llamen Abril —entrecerré los ojos. Él no me miró y siguió con su búsqueda de quién sabe qué.

—Tú debes de ser Nate, el hermano de Theo y Alai, ¿verdad? —pregunté apoyando los brazos sobre la isla. El chico sonrió de lado y abrió su botella de agua.

—¡Qué lista eres, Abril! —se aventuró a decir como si yo fuera una niña chiquita y empezó a tomar agua. Yo fruncí el ceño.

—Perdón, ¿tienes algo contra mí? Tu forma de hablar es bastante altanera —declaré cruzando los brazos. Él rio y se dispuso a caminar hacia las escaleras.

Esperen, ¿me está ignorando? ¡Claro que sí! Oh, no, conmigo no.

No sé cómo, ni por qué, pero de un momento a otro estaba frente a él impidiendo su paso a los escalones.

—Muévete, tonta —advirtió mostrando nuevamente su arrogante sonrisa.

¿En serio? ¿Puede alguien caerte mal con solo conocerlo dos minutos? Además, ¿tonta? ¡Solo faltaba que me sacara la lengua y se lo dijera a su mamá! ¿Era acaso un niño metido en el cuerpo de un chico? Lindo, alto, de sonrisa... Alto, Abs.

—Oye, ¿no se te ocurrió algo mejor? Vuelve a tu vida de ermitaño, querido, porque te sienta mejor. Buenas noches —guiñé un ojo y caminé de nuevo a la cocina, donde había dejado mi *laptop*.

Amigos, ese es Nate Collins. Pero... ¿por qué se encierra? Digo, si yo fuera tan petulante como él, también me encerraría... Aunque hay una razón.

Y ahora debía saberla.

Pero ahora mismo solo necesito saber dónde encontrar un baño para Theo.

—¡Abby, necesito ir! —gritó Theo mientras saltaba en medio del parque. ¡Sabía que no había sido buena idea que tomara agua en el auto!

—¿En serio? ¿Justo ahora? —pregunté mientras movía a su hermana en el columpio para bebés. Él asintió, moviéndose desesperadamente.

—¡Ay, Theo! —bufé, cargando a Alai y tomando de la mano a Theo. ¿Y ahora qué? Había estado toda la mañana con los niños en parques y algunas ferias. ¡Chloe me había dado uno de los autos para que los llevase! ¡Sin más! Esa mujer debía confiar menos en la gente, digo. Yo era confiable, pero no todos lo son.

—Aguanta un poco más, Theo. Ya casi llegamos —dije caminando con él hacia una tienda de música donde yo había trabajado.

—¡Abby! —gritó Etienne, mi amigo francés, encargado del mostrador y exnovio de mi hermana. Pero yo no la iba a mencionar.

—Etienne, me alegra verte. ¿Podrías dejar entrar a Theo al baño?
—dicho esto, Etienne alzó una ceja y, antes de que alguien diga algo, Theo estaba dentro. Felizmente sabía ir al baño solo.

—Eh, yo creo que sí puede —rio saludándome con un abrazo.

—Perdón por entrar así, pero estábamos cerca y Theo no paraba de gritar que quería ir al baño —reí negando con la cabeza—. Te presento a Alai.

—Hola, nena —sonrió Etienne mientras jugaba con su nariz. Etienne era alto, no tanto como Nate, pero lo era. Este tenía el cabello castaño y los ojos azules, además de una figura bastante formada. Y no es que me quedaba viéndolo, solo que... Oh, vamos, ¡soy joven y tengo hormonas!

—¿Estás de niñera ahora? ¿Te aburriste de las tiendas y las cafeterías? —sonrió mostrando su perfecta dentadura.

—Algo así, fue todo de improviso. Me despidieron de Riot Coffee y de un momento a otro conseguí trabajo cuidando a estos enanos —sonreí viendo a Alai y besando su mejilla—. No puedo quejarme, me pagan bien, vivo ahí y solo debo pasar tiempo con ellos.

Theo salía del baño con satisfacción en el rostro.

—Ya no tengo ganas de hacer pipí —contó, parándose a mi lado—. El jabón del baño huele a goma de mascar.

Theo rio intentando alzar la mano para que me acercara a oler y, por supuesto, tuve que hacerlo.

—¿Quién es? ¿Es tu novio? Yo lo miré y alcé una ceja. ¿Cuál era la obsesión por emparejarme con chicos? La vez pasada se había referido a su hermano como «podrían ser amigos o novios». ¡Y solo tiene cuatro años!

—No, no es mi novio. Yo trabajaba aquí, somos amigos —reí, tomando su mano.

—De hecho, fui novio de su hermana —habló Etienne, arrodillándose para ponerse de su tamaño.

—¿Tienes hermana? —preguntó Theo asombrado. Yo sonreí y asentí.

—Sí, son i-gua-les, ¿sabes? O sea, son *gemes* —mencionó Etienne y yo rodé los ojos.

—O sea, no estamos aquí para hablar de mi hermanita —reí burlándome de la rara forma de hablar que mi querida hermana tenía. Era irritante, pero no hablaré de Zoe.

—Como sea. Ha sido un gusto volver a verte, Etienne. Espero que nos veamos pronto —sonreí y lo besé en la mejilla.

—¡Eso espero! Tienes mi número, no dudes en llamarme —dijo, y agregó—: Adiós, campeón. Pórtate bien, ¿eh? —guiñando un ojo y despeinando a Theo. Él frunció el ceño.

Oh, oh. A Theo no le caía bien, porque se acomodó el cabello y tomó mi mano, halándome hacia la puerta.

—¡Nos vemos! —mencioné mientras salía junto a los niños.

Luego de eso caminamos hacia el auto para volver a casa.

—Mi hermano es mejor que ese Fank —Theo cruzó los brazos mientras se sentaba en el sofá de la sala principal.

—Es Etienne y... sobre eso, no lo sé.

—No conoces a mi hermano —dijo mirándome. Yo solo asentí.

Ya tuve el «gusto», enano.

—Claro, tienes razón. No podemos juzgar a alguien que no conocemos —murmuré y él sonrió.



DRAMAS Y VAMPIROS

Me había topado con Nate un par de veces más por la noche, y nadie lo sabía. Cada vez estaba más arrogante, más insoportable. Y más... Era guapo, totalmente.

Como dice la ley de la atracción: si piensas en algo, eso llegará.

—Hola, Abril. ¿Cómo estás? —preguntó él, a la vez que sacó una soda del congelador.

—Como si te importara, Collins —farfullé mientras escribía sin apartar la mirada de la pantalla.

—¿Qué pasa? ¿Te hice algo malo? —dijo estirando el labio inferior como si fuera un bebé a punto de estallar en llanto. Yo reí sin pizca de gracia y negué con la cabeza.

—¿Tienes suerte, eh, Collins? —sonreí mirándolo.

—¿Por qué, Abril? —sonrió apoyando el codo en la encimera y poniéndose muy cerca de mí.

—Porque nunca podrás morir de un derrame cerebral —sonreí ladeando la cabeza. Él se echó a reír.

—Oh, bien, bien. ¡Estamos agradecidos! ¡Estás pensando, Chispita! ¡El hámster dentro de tu cabeza empezó a correr en su ruedita? —agudizó la voz, haciendo un movimiento como si sus dedos corrieran.

—¿Chispita? ¡Haz algo productivo y tírate a un pozo! —rodé los ojos y cerré mi *laptop*—. Ahora, si me disculpas, iré a ver a tus hermanos.

Fingí una sonrisa y caminé hacia la escalera. Como si fuera un *déjà vu*, tenía enfrente a Nate, quien me impedía el paso.

—Largo de aquí, estorbo —mi cabeza maquinó que tal vez empujándolo podría hacer algo. ¡Era mi culpa por ver tantas películas de acción! Mi fuerza, a comparación de la suya, no era nada. Lo único que provoqué fue que mi computadora casi cayera al piso, y mi dignidad junto a ella.

—¿Estás nerviosa, Abril? —rio acercándose más a mí. Yo lo miré y alcé una ceja tapándome la nariz.

—Uh, ¿Chloe te enseñó sobre higiene bucal o se te perdió el cepillo dental? —negué con la cabeza, riendo. Y él presionó los puños.

—Oh, bebé, ¿te hice enojar? —ladeé el labio, dejé la *laptop* sobre una mesa y me acomodé la camiseta para luego cruzar los brazos.

—¿Por qué no te vas, Abril? ¿Mis hermanos no te han molestado lo suficiente? —preguntó apoyándose cómodamente en una de las barandas de la escalera.

—Tus hermanos son unos niños preciosos. La verdad, no sé cómo pudiste ser hijo de Chloe y Kyle —negué con la cabeza, fijando la mirada en sus ojos para evitar ver sus brazos desnudos.

Pero la reacción de Nate Collins me desencajó totalmente.

—Cierto —dijo. Él solo asintió y subió a su habitación, enojado, pisoteando los escalones. ¿Qué rayos había sucedido?

Y claro que había sucedido algo, Nate ya no salía por las noches como se le estaba haciendo costumbre. De algún extraño y retorcido modo, extrañaba pelear con él.

¿Y a quién podía yo preguntarle si no hablaba con nadie? Aunque... siempre hay una solución.

—Ya te dije que estoy cocinando. Yo no hablo cuando cocino —dijo la dulce Rose mientras cortaba algunos tomates.

—Rose, ¡por favor! —salté sobre ella, abrazándola de lado, impidiendo que se moviera.

Llevaba varios días ahí, ya se había establecido la confianza para molestarla y bromear sobre todo tipo de cosas. Como había dicho antes, Rose es un ángel.

—¡Abril, eres necia! —reía mientras la liberaba del abrazo—. ¿Qué quieres saber?

—En primer lugar, ¿Nate siempre ha sido así de gruñón?

Y claro, uno cuestiona cómo es que esta loca hace preguntas tan personales, pero, vamos, también quieres saberlo.

—No, no siempre —respondió ella, tratando de alcanzar un recipiente. Yo blanqueé los ojos y se lo pasé.

—¿Y por qué crees que haya reaccionado así? —pregunté dudosa.

Ella sabía todo, mi punto de vista y el de Nate. Rose era la única persona en quien Nate confiaba. A veces me contaba algún secreto del gruñón.

—Abby, nena, hay cosas que prefiero callar. Su vida no ha sido tan fácil, ¿bien? Si quieres saber sobre él, tendrás que conocerlo.

—¿Y cómo lo hago? ¡Ni siquiera sale de su habitación! —me quejé mordiéndome el labio inferior (era una manía que había cogido hace meses y simplemente no podía dejar de hacerlo).

—Bueno... Podrías intentar llevarle el desayuno a su habitación, ofrecerle disculpas por lo ocurrido el otro día —sugirió batiendo los huevos y añadiendo algunas verduras.

—¿Qué? ¿Disculparme por qué? ¡No lo he ofendido! Bueno, no de un modo intencional. Hemos tenido pequeñas peleas. ¡Pero se divertía! —solté sonriendo y recordando las carcajadas que se pegaba viéndome enojada.

—Solo puedo decirte que Nate está encerrado en esa habitación desde hace un año. Tiene una promesa de silencio, y es por problemas familiares. Si le dijiste algo sobre sus padres, seguro está

ofendido —afirmó dejando la tortilla sobre el plato y poniendo el desayuno sobre la bandeja.

—Oh... Y yo me burlé de ello —confirmé mientras Rose asentía y dejaba un vaso de jugo de naranja en la bandeja.

—Así que... ¿te animas? —preguntó Rose, señalando el desayuno de Gargamel personificado, la miré dudosa, pero finalmente asentí.

Sentía que estaba firmando mi sentencia de muerte, pero simplemente subía el desayuno a un crío. Tomé la bandeja en una sola mano para tocar la puerta un par de veces. ¿En qué me estaba metiendo? Esperé unos segundos más y entonces sucedió. Nate abrió la puerta con el ceño fruncido. Estaba en pijama.

—Ah... —balbuceé algo ininteligible y señalé la bandeja con la mirada. Él rio negando con la cabeza y cerró la puerta.

¡En mi cara! ¡Lo hizo! Yo no podía creer lo que había pasado. En cuanto reaccioné, me di la vuelta para alejarme de esa puerta. Murmuré cosas que los niños no debían oír.

—Oye, Black —llamó él, ahora con unos *jeans* y un *jersey* azul con rayas negras.

Hizo una seña para que me acercara, y la obediente asintió y lo hizo.

¿Dónde quedó la dignidad, Abs? Oh, sí, en la escalera; o tal vez en la cafetería, junto a tu anterior jefe.

Caminé lentamente y pasé por el marco de la puerta. La habitación era un poco más grande que la mía. Había toda clase de cosas: videojuegos, un plasma gigante, un piano, dos guitarras, una gran repisa con una colección de CD y otra de libros, un *minifreezer* y dos puertas más que, al parecer, eran el baño y su armario. Pero a pesar de todo lo que tenía, estaba finamente ordenado. Eso solo podía ser obra de Rose.

—Guau —susurré mirando la habitación azul.

—Puedes dejarlo ahí —murmuró señalando una fina mesa de madera con forma de tablero de ajedrez. Yo solo asentí y la dejé donde indicó. Mi mirada se encontró con la suya. Me ruboricé y evité volver a verlo.

—¿Y bien? —preguntó como esperando a que me retirara.

—Yo... vengo a ofrecer disculpas —lo miré y su rostro cambió a uno de confusión.

—¿Tú? ¿Por qué? —preguntó sentándose en una silla con ruedas que estaba frente a su escritorio.

—Porque sí. Me equivoqué al hablar sobre tus padres —bajé la mirada, comiéndome todo el orgullo que sentía. Nunca me había pasado eso. Si tenía que disculparme lo hacía. Este chico, sin duda, está sacando mi lado maleducado.

—Bien —encogió los hombros y tomó el jugo de naranja que yo recientemente había dejado en la mesa.

—¿Bien? ¿Solo bien? —pregunté.

Me había hecho un ovillo pensando cómo pedir disculpas para... ¿eso?

—Sí, ¿qué esperabas? ¿Una carta de agradecimiento? —preguntó fingiendo confusión. Yo lo miré y bufé.

—¡Eres improbable, Nate Collins! —negué con la cabeza mientras él sonreía.

—Claro que no, pruébame —guiñó un ojo, correspondí rodando los ojos y saliendo de ahí.

No iba a discutir con un simio.

—Mañana tienes el día libre, Abby. Kyle y yo llevaremos a Theo, Alai y mis papás a la fiesta de graduación de mi sobrina Johanna —anunció Chloe mientras caminaba a la escalera—. ¡Buenas noches, cariño!

—Buenas noches, Chloe —contesté sonriendo mientras escribía en mi diario virtual. Había decidido escribir bajo el alias de Sky xx, al igual que en el blog.

—¿Qué escribes, Abril? —preguntó Nate, haciéndome pegar un brinco mientras cerraba mi *laptop*. Giré a verlo. Ojalá no lo hubiera hecho: quedé a centímetros del chico de ojos café que me miraban socarronamente.

—Nada que te incluya, Collins —farfullé, a la vez que me daba la vuelta para evitar verlo a la cara.

—¿Segura? —y de pronto sentí que la silla giratoria daba de nuevo a donde estaba él. Ahora lo tenía más cerca, ya que apoyaba sus manos en el respaldar.

—Completamente —me contuve erguida y sosteniendo la mirada. ¡Para que vea que no me intimida, señor gruñón!

—Ahora, largo de aquí —moví uno de sus brazos para darme paso y caminar con la *laptop* hacia la escalera.

—Buenas noches, Abby —dijo con cierto tono inocente que me incitaba a golpearle la cara. Yo hice una seña con los dedos, en forma de despedida, y subí a mi habitación.

Mañana sería un buen día de descanso. Podría usarlo para dormir hasta tarde.

Inserte día de diversión junto a Abby Black aquí.

Me había quedado dormida dos minutos después de acostarme. Debo admitirlo, tengo el sueño pesado. El día estaba muy claro, así que no logré acostumbrarme a la luz y decidí no volver a abrir los ojos. Me acurruqué en el suave torso que abrazaba y sonreí.

¡Y luego abrí los ojos en grande!

¿Qué?

Tenía una mano rodeando desde abajo mi cintura y la otra sobre mi cadera. Alcé la cabeza y encontré a nada más y nada menos que a Nate Collins durmiendo en mi cama. Su boca estaba entreabierta y se le veía tan... tranquilo. Ojalá durmiera más tiempo, sería un sueño hecho realidad.

Ahora... ¿qué rayos hace este chico en MI cama?

¿Qué hago? ¿Lo despierto? ¿Lo boto de mi cama? ¿Le pateo? ¿Le pego? ¿Eran tantas buenas opciones y no podía elegir una!

Él murmuró algo. Lo único que hice fue cerrar los ojos, fingiendo que aún dormía. Sentí que sonrió y me acarició la mejilla suavemente. Mi piel se erizó al sentir su mano helada.

Pero él solo me cubrió con la manta y me abrazó más fuerte. Me acercó (más) a él.

Finalmente, sentí sus labios resecos en mi mejilla. Dios, si no lo viera pensaría que estaba muerto o tal vez que era un vampiro.

Abril ha empezado a desvariar de nuevo. ¡Genial!

Pero luego sus labios fueron acercándose mediante pequeños besos que forjaban el camino a los míos.

No.

¡No!... ¡¡No!!



